Sueños prometidos

Hugo E. Valanzano

Sueños prometidos

Hugo E. Valanzano

avant
editorial

Primera edición, julio de 2023
© Hugo E. Valanzano 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19763-80-8
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-27311-2023

1

En una institución privada, el salón de clase especialmente adaptado para una reunión recibe a quienes lentamente van ocupando los asientos para cumplir con el requerimiento de la Dirección, en el inicio del anochecer.

Un grupo de padres y madres, de quienes cursan su último año escolar, esperan con ansiedad la información que se les brindará, convocados en la tarde de ese mismo día, a través de una citación urgente realizada por la institución educativa.

Adrián, integrante del equipo de Dirección y docente universitario de larga trayectoria, informará al grupo de padres y madres, a poco de comenzar el último año escolar, sobre su decisión indeclinable de renunciar a sus funciones en la institución y retirarse, ante la situación planteada por una de las familias.

Después de explicar lo sucedido, finaliza diciendo que, si bien tuvo la intención de ayudar con el mejor de los propósitos, todo se diluyó y quedó en un segundo plano al equivocar el procedimiento, y cuando sus

colegas se lo hicieron ver, inmediatamente les informó su decisión. Minutos más tarde firmaba el documento de su renuncia indeclinable.

Todo se basa, finaliza, en la consideración de que un integrante de la Dirección no puede cometer un error así. Un docente no puede caer en este tipo de equivocación porque para un tercero, el tema sacado de contexto puede dar lugar a malas interpretaciones.

Los padres y madres que siempre vieron en Adrián un pilar de la institución, sorprendidos y desconcertados por el anuncio, reciben la noticia con preocupación, nerviosismo y reacciones diferentes.

El docente se retira del salón y los asistentes manifiestan distintas visiones del problema: dos madres lloran y se van de la reunión; alguien dice: «No, Adrián no se va, esto está mal»; otra agrega: «Se me ha caído un ídolo».

El desconcierto y la sorpresa por lo que acaban de escuchar, en un tema de gran sensibilidad para las familias, provocarán diferentes reacciones que se amoldarán a la interpretación individual de cada uno de los asistentes, con las consiguientes derivaciones dentro y fuera de la institución.

Adrián, con sesenta y dos años, casado, de mediana estatura y pelo canoso que representa menos edad que la real, es un docente universitario, con una hija de diecisiete años, especializado en formación docente

universitaria e integrante del equipo de Dirección de una institución escolar privada bilingüe (español-inglés).

Su experiencia de casi 28 años en la educación le lleva a proponer un plan académico renovador para el final del ciclo escolar, con estrategias útiles para el futuro desempeño en la etapa de educación media y siguiente y desarrollar niveles superiores de rendimiento en escolares talentosos a través de una metodología de educación terciaria adaptada al rango de edades escolares.

Es un docente al que le gusta analizar el comportamiento humano, de comprensión rápida y profunda, considerado por sus colegas como perseverante, justo, claro y directo y un muy buen mediador en los conflictos escolares. Escucha con paciencia y tiene siempre una respuesta adecuada e inteligente, especialmente para desbaratar un conflicto.

Tiene la capacidad de intuir instintivamente la forma de ser de las personas que recién conoce y muy poca tolerancia hacia la estupidez.

Su forma de ser —enérgica, exigente, bromista y de actitud comprensiva e imparcial hacia los escolares— lo hace popular entre los chicos y sus familias. Los que asisten a sus clases se sienten diferentes porque no los trata como escolares y los temas que les presenta tienen un atractivo más cercano a sus intereses.

El proyecto académico de Adrián considerará a quienes tienen dificultades de aprendizaje y los

adelantados, como grupos con necesidades educativas especiales, por lo que cuando se observan chicos talentosos o adelantados para el nivel, tendrá en cuenta la importancia de ofrecerles oportunidades de aprendizaje diferenciado y más avanzado.

Adrián es un docente de gran vocación, que no utiliza el teléfono móvil fuera de su casa y que cuando alguien le pregunta la razón de esta postura responde: «Antonio Meucci y Graham Bell lo inventaron para acercar a los que están lejos. Una vez leí que los teléfonos móviles, como puede observarse en situaciones sociales, además de acercar a los que están lejos, alejan a los que están cerca. Entiendo muy bien a quienes se benefician de esta tecnología, pero en mi caso, no la necesito».

Es un docente que capta inmediatamente a los escolares talentosos y se apasiona con la idea de logros extraordinarios para ellos, tomando un rol casi parental. Esta obsesión con los inteligentes lo llevará a tomar una decisión equivocada y a un callejón sin salida en su función docente y directriz.

Finalmente, y a la luz de los acontecimientos, tendrá que reconocer que ha cruzado una línea prohibida y le resultará imposible dar marcha atrás.

El último año del nivel de primaria es siempre —para escolares y familiares— una etapa de ansiedad, expectativas, anécdotas y recuerdos, algunos imborrables. Para este grupo en particular, el alejamiento de

Adrián resultará especialmente doloroso y triste y las reacciones de las familias dividirán las opiniones a favor y en contra de una figura que siempre tuvo aceptación unánime en el recorrido escolar.

Ya nada puede ser igual y los meses siguientes, previos al egreso, resultarán para muchos eternamente largos y sin la motivación y estímulos que los escolares recibían desde el inicio del curso.

Adrián, docente, director, encubridor de pequeños desajustes conductuales y cómplice de niñas y varones de este grupo de escolares ya no estará con ellos y habrá que buscar una razón aceptable para explicarles esta desaparición tan repentina.

2

Cuatro años antes, dos antiguas docentes de la institución proponen formar parte del Consejo Directivo, a través de la compra de acciones. Se acepta la propuesta, considerando que una inyección de dinero puede poner en práctica muchos planes postergados y se realiza la ceremonia oficial de la firma del contrato que conformará la integración del nuevo equipo directivo.

Una vez realizados los pasos correspondientes, se cierra la ceremonia y las dos docentes, Amelia y Sara, reciben las felicitaciones de los asistentes, quedando legalmente habilitadas para tomar posesión de sus nuevos cargos directivos.

Elina y Adrián, junto con Amelia y Sara, conformarán el nuevo Consejo Directivo, cubriendo todos los aspectos académicos de los niveles preescolar y escolar de la institución; un grupo directivo que no siempre coincidirá en sus decisiones y formas de actuar, por la marcada diversidad de sus trayectorias personales, formación, personalidades y puntos de vista de sus integrantes.

Elina, viuda de setenta y dos años con un hijo y dos nietas, fue, junto con Adrián, una de las fundadoras de la institución con un largo itinerario laboral en el nivel preescolar. Las familias y los niños la consideran «la abuela» del sector infantil. No es docente, simplemente comenzó su trayectoria hace muchos años y fue ganando experiencia con las diversas funciones relacionadas con una institución de educación materno-infantil.

Un personaje fuerte y de apariencia sincera en su actuar, aunque utilice con frecuencia la mentira y el engaño para sobrevivir. Maneja los hilos desde la distancia y sin aceptar que nadie más ocupe su lugar, evitando delegar funciones. Está por encima del bien y del mal, para ello crea su propio mundo en el ambiente laboral y se rodea de sus seguidoras a las que controla constantemente. Sabe que las reglas nunca se aplican para ella y nunca lo harán. Ella siempre tiene sus propias reglas. Suele dudar y desconfiar de todo y de todos y detesta la debilidad propia y ajena.

No acepta a sus nuevas colegas en la Dirección por considerarlas inexpertas y con falta de trayectoria para el cargo que ocupan, pero no tiene más remedio que aceptarlas como socias de la empresa, a partir de la compra de las acciones y la firma de los documentos.

Con respecto a Adrián, tiene altibajos para aceptarlo. A veces se refugia en él para criticar a sus dos socias, otras veces no acepta su manera exigente de actuar en la dirección. Critica, a veces, aspectos docentes

de la sección de Adrián, a pesar de no tener ningún antecedente en la enseñanza.

Amelia, cuarenta años, casada y con dos hijos. Docente con gran sentido artístico y habilidad manual, sin experiencia previa en un cargo similar de Dirección. Con la compra de acciones de la institución, forma parte del Consejo Directivo y comienza a ocupar un cargo de dirección por primera vez. Esta falta de experiencia y trayectoria es bien conocida por el personal docente a su cargo, porque algunas fueron compañeras colegas cuando Amelia ejerció como docente en esa misma institución.

Su necesidad de agradar a los demás la lleva a tener comentarios ácidos hacia colegas, docentes, padres, madres y todo lo que esté en desacuerdo con su forma de interpretar las situaciones.

Como «nueva ejecutiva», necesita demostrarle a su esposo, con un importante cargo de dirección en una empresa, que ella también es exitosa en su función directiva. Tiene buena comunicación con Adrián en su relación laboral, por su forma de ser efectiva, práctica y ordenada, que ambos comparten.

Sara, cincuenta años, casada y con dos hijos. Al igual que su colega Amelia, es una docente integrante de la Dirección sin experiencia previa en un cargo similar. Con la compra del 49 % de las acciones de la institución, forma parte del Consejo Directivo y comienza a ocupar un cargo de dirección por primera vez.

Esta falta de experiencia y trayectoria es también bien conocida por el personal docente a su cargo por haber sido compañera docente durante su recorrido en la función de enseñanza en esa misma institución. Tras su apariencia distraída de personaje caótico hay un ser humano que desea demostrarle al mundo —y especialmente a su exitoso esposo a cargo de una cadena comercial— que ella y sus ideas sobre la educación salen de lo común y vale la pena ponerlas en práctica.

Cuatro temperamentos diferentes, con una modalidad y expectativas tan distintas que casi pueden presagiar algún tipo de incompatibilidad en el desarrollo de las funciones de este equipo de Dirección.

Las dos últimas integrantes tienen claramente la esperanza de un logro exitoso relativamente rápido a partir de su ingreso, considerando que una inyección de dinero junto con ideas renovadoras en la gestión educativa y docente serán claves para conseguirlo.

Ambas, en velada competencia personal por sobresalir en su nueva función directiva, no pueden detectar, por falta de experiencia, que el personal a su cargo está muy al tanto de esos combates para el logro de una primacía directriz que se consigue, únicamente, a través de lo que uno es, de la conducta diaria y de lo que alguien en el cargo de Dirección demuestra en todo momento.

Muchas personas que inician su trayectoria por primera vez en una dirección escolar suelen olvidar

que se trata de un cargo básicamente de gestión administrativa de recursos y personal porque manejarán, en mayor o menor grado, según los casos, personal docente, administrativo y de servicio, se encargarán de estadísticas, formación de grupos, participación en la designación de docentes, horarios, contactos con personas ajenas al personal, como padres, proveedores, representantes de editoriales, etc.

Una persona en el cargo de Dirección, generalmente un buen docente, tampoco suele tener en cuenta que no podrá cumplir con lucimiento sus funciones simplemente considerando como único y suficiente aporte el mérito de haber sobresalido en la enseñanza.

Muy pronto, o tal vez en un lapso de tiempo menor al esperado, durante el desarrollo diario de las diversas funciones directivas, van quedando al descubierto las carencias que la propia falta de experiencia provoca.

Sin estos conocimientos previos y sin hacer mucho para aprender de quienes llevan una trayectoria de muchos años en funciones similares, es muy difícil ser reconocido y aprobado por el personal docente a cargo o las familias de escolares. Es muy difícil aceptar y transmitir que un maestro tiene que ser un referente de consulta y no aparentar que lo sabe todo, para que sus alumnos y alumnas comprendan que se puede dudar y, así, respetar al que duda y es muy difícil reconocer que el maestro, ante los escolares del siglo XXI, tiene

como nunca en anteriores generaciones la oportunidad de aprender frente a una clase.

En la educación, los malos resultados se ven muy pronto, los buenos tardan mucho más en observarse y aceptarse.

3

Adrián, como docente e integrante del equipo de Dirección, realiza múltiples funciones de atención a padres, docentes y escolares de los niveles superiores, según lo acordado con sus colegas, preocupado y atento a las relaciones interpersonales en estos grupos. En su función directriz, observa algunas manifestaciones de desajustes internos y conflictos, detectados principalmente en un grupo de niñas.

A través de un estudio más minucioso de las situaciones conflictivas que se repiten con mayor frecuencia durante la semana, Adrián consigue descubrir el origen del problema, asistido por los relatos de primera mano de algunas niñas y algunos varones. Después de varias averiguaciones y la información recibida, llega a la conclusión que el problema tiene un nombre: Clara.

Adrián se propone intervenir para lograr más información y desarticular esta serie de inconvenientes de relacionamiento en el grupo de niñas.

Clara es una niña de diez años, con padres separados y un hermano de seis años. Muy aplicada,

responsable, estudiosa y con mucha capacidad para razonar y cumplir con las tareas asignadas. No le gusta depender de nadie y menos que alguien piense que ella tiene que depender de alguien para terminar un trabajo o hacer una tarea. Su pensamiento es analítico y siempre trata de buscar la razón de las cosas. Una niña introvertida que, desde el punto de vista del comportamiento social, es demasiado directa a veces, sin darse cuenta que puede resultar antipática.

Está convencida que dice lo que piensa con sinceridad y con la mejor intención, pero sus compañeras inevitablemente se ofenden, especialmente cuando a Clara, después de alguna reacción arrogante y desacertada, se le dificulta disculparse.

En constantes conflictos diarios con sus compañeras durante situaciones en clase y especialmente en el recreo, suele tener actitudes desconsideradas e intolerantes hacia ellas. Es muy común que termine humillando a quien se enfrenta por una situación sin importancia, surgida en el momento.

Adrián, que ya había clasificado a Clara como escolar muy talentosa y vivacidad extraordinaria para captar conceptos, se apasionaba con la idea de logros extraordinarios para ella. Ante las características que presenta el caso, tendrá que apelar a estrategias diplomáticas en los últimos meses del curso previo al egreso, para llegar a convencer a esa niña que su actitud hacia las compañeras del grupo no es culpa de fuerzas

externas impredecibles, sino de ella misma y lograr que lo acepte.

Desde una posición directiva y con el arraigo de popularidad entre los escolares que ostentaba Adrián, no le fue difícil recibir más información de gran utilidad por parte de los integrantes del grupo, sin dar a entender que se estaba realizando una investigación por alguien en particular. A tres meses del fin del curso, los datos provenientes, especialmente de sus compañeras, se van acumulando.

Cuando en situaciones de juego le dicen a Clara que no —a algún pedido que ella realiza—, inevitablemente se ofende y llora, por lo que optan por jugar con ella, para evitar tener un problema mayor.

Varias niñas opinan que Clara tiene la sensación de que todas hablan mal de ella. No acepta un «no», «no me gusta», «no quiero» sin ofenderse a continuación.

Un día que no asistió a la escuela no hubo problemas, pero sus compañeras tienen claro que no pueden decírselo. Cuando se enoja, desde años anteriores, siempre dice que se va a cambiar de escuela y cuando se siente ofendida se la escucha decir: «¡Si alguien viviera lo que yo vivo aquí!».

Sus docentes, actuales y anteriores, coinciden en opinar que Clara tiene la total libertad de decir «no me gusta» a lo que sea y a quien sea, pero cuando alguien le dice a ella que algo no le gusta, se ofende y llora.

Esta comprobada intolerancia a la frustración, la admiración por la rapidez de sus respuestas y captación de conceptos, unida a su actitud generalmente aislada y sin sonreír, hace que Adrián decida intervenir para convencerla que debe intentar un cambio en su forma de ser, especialmente hacia sus compañeras; una intervención muy común en centros educativos escolares, previa al recurso de requerir los servicios de un profesional cuando no se consiguen los resultados esperados.

Adrián, como docente de un curso extracurricular del grupo, tiene la ventaja de un acceso directo a la actitud de Clara dentro del salón de clase.

Al observar la excelente caligrafía de Clara, la nombra «secretaria» del grupo para anunciar mensajes o redactar consignas en la pizarra. No se trata de hacerla sentir mejor, porque Clara ya se siente superior al resto del grupo, sino que se trata de un intento para llegar a ella de una forma más directa y personal para el tratamiento de los temas conflictivos que siguen siendo base de las quejas de niñas y varones del grupo.

La información sobre la actitud altanera e intransigente de Clara hacia sus pares, sin embargo, sigue acumulándose y Adrián, a dos meses del final del curso previo al egreso, decide tener una entrevista personal con su madre.

Al mismo tiempo, ocurre algo inesperado. Un día, al final de una clase y previo al tiempo de recreo, dos

niñas del grupo se acercan a Adrián y le piden para hablar a solas sobre un problema que había surgido. El tema central era que estaban hartas de Clara por su permanente actitud de nunca aceptar un «no» sin ofenderse después.

Le piden a Adrián, como un favor especial, que intervenga y le hable. Adrián, como en anteriores ocasiones, les recuerda que ya están grandes y que estas situaciones tienen que resolverlas dialogando. Es en ese momento, por la respuesta que una de las niñas le da a Adrián, cuando se inicia un cambio de actitud en él, unido a la sensación de un compromiso interior mucho mayor hacia Clara. Una de las niñas, buscando argumentos válidos para lo que estaban pidiendo, le dice:

—Tú tienes que hablarle a Clara.

Adrián, siguiendo la conversación, le pregunta:

—¿Y por qué yo?

La alumna, con la seguridad y firmeza de una niña decidida a aportar una solución al problema, apelando a una figura de la Dirección, como último recurso de su mundo escolar, le responde:

—Porque para ella eres un dios.

Para calmar la ansiedad que las dos alumnas mostraban, les prometió que hablaría con Clara.

A partir de ese momento, por esa frase que había escuchado minutos antes, Adrián comenzó a interpretar la consideración tan alta que Clara tenía sobre él, la íntima admiración que sentiría por él y recordó